

# A PROPÓSITO DE LA PRIMERA GRADUACIÓN DE LA MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE CULTURA CENTROAMERICANA, UNIVERSIDAD NACIONAL<sup>1</sup>

*Miguel Picado Gatjens*

Se me ha encargado la grata tarea de saludar y despedir a la primera promoción de la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana, mención en Religión y Sociedad. Hablaré de la pertinencia de este programa de posgrado de cara a la situación regional.

Centroamérica aparece en la geografía universal como un obstáculo para la libre navegación entre los océanos Atlántico y Pacífico, pero, a la vez, como un puente entre las masas continentales del Sur y del Norte. Su sino, como el signo de la cruz, encierra la contradicción. La ansiedad por la comunicación interoceánica ha deparado a Centroamérica, dada su condición de barrera y el consiguiente deseo de traspasarla o perforarla, de encontrar una vía natural o de construir una artificial, el dudoso privilegio de ser sitio de importancia geopolítica mundial y, por consecuencia, teatro de repetidas invasiones a cargo de las sucesivas potencias hegemónicas. La última, quiera Dios que de veras sea la última, la llevó a cabo Mr. George Bush, hace pocos años.

El desvelo por el canal interoceánico ha sido ocasión, o mejor dicho, pretexto, para tropelías sin número. Quizás por eso, el sino de esta región haya sido caracterizado por Ernesto Cardenal y debamos ser siempre, de una u otra manera, *El estrecho dudoso*, pues cumple a

<sup>1</sup> Dirigida a profesores, profesoras y estudiantes de la Universidad Nacional, con motivo de la primera graduación de la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana.

la vez la función contradictoria de barrera y puente. Barrera interoceánica, pero a la vez y por lo mismo, lugar obligado de paso para exploradores y misioneros, militares y comerciantes, piratas y hombres de letras. Centro América ha sido región para el encuentro de hombres y mujeres "de toda raza, pueblo y nación", como se lee en el Apocalipsis. Ya era complejo el encuentro genético, lingüístico y cultural de los habitantes originarios, como testimonia la migración de pueblos del Norte al Sur y del Sur al Norte y la presencia, dichosamente viva, de culturas tan ricas y distintas como la maya y la kuna. A ello se sumó el variado aporte de la Península Ibérica, conjunción de lo árabe con lo europeo. Pronto África vertió su sangre en la región, y empleo la palabra sangre para evocar la esclavitud, deshonra para los amos y orgullo para los que rompieron las cadenas. Luego se recibió a los chinos, a los hindúes, a otros europeos. Además, el territorio centroamericano ha visto el nacimiento, en tiempos relativamente recientes, de etnias nuevas, como los miskitos y los garifunas. Para decirlo con una palabra, la población de Centroamérica es un arco iris de humanidad. Sin embargo, bien sabemos que no todo ha sido luz. Evocaba hace poco el libro del Apocalipsis, y en verdad se necesita de sus hiperbólicas imágenes para aproximarse al cúmulo de tragedias de nuestros pueblos, saturados de desastres naturales como volcanes, terremotos, huracanes, inundaciones. Y de desastres anti-naturales como genocidios, etnocidios, corruptelas e impunidad; de dictaduras surgidas de la intervención, pero sostenidas por la no intervención, como dice Ernesto Cardenal en *La hora cero*. Y nuestros pueblos una y otra vez se han sacudido con erupciones violentas. Porque Centroamérica es también una de las regiones donde más se ha luchado, y se lucha, por la libertad y la dignidad.

Nuestros países, separados por cordilleras, ríos y selvas, por las pésimas comunicaciones y por fronteras de estados nacionales aún en vías de formación, no son muy ricos en materias primas. Sus economías, orientadas a satisfacer los mercados internacionales, descuidan con harta frecuencia la atención de las necesidades básicas de sus pobladores. Sea como repúblicas cafetaleras, o como Banana Republics, y más recientemente, como repúblicas de maquila y paraísos fiscales, lo cierto es que Centroamérica, a duras penas, tiene ojos y oídos para verse y escucharse a sí misma. Esta situación es agravada por la más persistente y nefasta de las invasiones: la invasión cultural, que galopa a la velocidad de los medios electrónicos. Centroamérica ha estado, desde que las elites liberales, hacia 1870, se adueñaron de sus riquezas y de la orientación de su cultura, más y más abierta a la tecnología, al mercado internacional, a los espejismos de la industrialización y del turismo. No obstante, nadie que recorra las barriadas de nuestras ciudades, o se sumerja en los espacios rurales y atisbe el desastre ecológico<sup>2</sup>, podrá quedar satisfecho con lo alcanzado. Ya

2 Estas líneas fueron escritas antes del huracán Mitch.

nadie con sana intención y recta conciencia suscribe la receta del progreso que los liberales y positivistas han impuesto por casi siglo y medio. Su error de fondo no ha sido, desde luego, confiar en la ciencia y la tecnología. Su error, miopía que aún deforma la conciencia de muchos, consiste en despreciar al indígena por precolombino, al negro por africano, a la Iglesia Católica por medieval, a los hombres y mujeres de letras, porque no producen bienes materiales, a los artistas por soñadores, a los maestros de artesanías por trabajar con técnicas ancestrales, a los campesinos porque siembran granos básicos y no productos exportables.

La gran mayoría de la población centroamericana, despreciada como lastre del pasado, humanos de segunda categoría debido al color de su piel y a sus creencias poco racionalistas, pero ricas en pensamiento simbólico, despreciada por su apego a la tierra para alimentarse, por sus costumbres y rituales para buscar la felicidad y mitigar el dolor, son fáciles víctimas, pasto de guerras intestinas. Pocos se han acereado para preguntarles sobre sus proyectos de vida, sobre cómo, si se les diera una pequeña oportunidad, conjugarian la pobreza con la dignidad, la felicidad con la austeridad. El pecado original de Centroamérica ha sido imitar lo externo y desconocerse a sí misma. La victoria de los propagandistas de la ideología del progreso, denominador común entre liberales, positivistas, marxistas y neoliberales, se traduce en pérdida de identidad, en desarraigo cultural, en anomia ética, en hacer de Miami la anticipación del paraíso. Para algunos, hasta hace pocos años, el paraíso no estaba en Miami, sino en Moscú.

Recordaba líneas arriba que Centroamérica es una de las regiones del mundo donde más se ha luchado y se lucha por la libertad y la dignidad... Centroamérica debe volver los ojos y oídos hacia las mujeres y los hombres más dignos y luchadores. La historia de Centroamérica conoce verdaderos héroes y heroínas de humanidad. Quien sea atento encontrará misioneros como Bartolomé de las Casas, Cristóbal de Pedraza, Antonio de Valdivieso, que siempre entendieron que evangelizar y defender al ser humano es una y la misma tarea. Novelistas insignes como Miguel Ángel Asturias, Roque Dalton y Gioconda Belli. Teólogos mártires como Oscar Romero e Ignacio Ellacuría. Defensores de los derechos humanos de la altura de Rigoberta Menchú y Mons. Gerardi. Y tantos poetas, pintores, escultores, ensayistas. Su pensamiento y su emoción estética contienen la mejor semilla para la vida en la región.

Un rasgo común los caracteriza: son maestros en el arte de ver, oler, escuchar, palpar y saborear lo centroamericano en sus gentes y geografía. Tan completa orientación de los sentidos hacia nuestras concretas realidades fue y es obra de la inteligencia y del amor. Su esfuerzo por alcanzar a los seres humanos de carne y hueso de esta

sufrida región los hizo universales. Nos enseñaron, una y otra vez, que lo universal, y por ende lo universitario, no está sólo ni principalmente en Grecia, Roma y el Renacimiento; que la universalidad no es asunto de más grados hacia el norte, sino cuestión de profundidad, de calidad humana. Mientras más centroamericanos fueron, más universalidad alcanzaron. Su legado es importante, es el mejor tesoro de que disponemos, pero es mal conocido, incluso por los universitarios de facultades de artes y letras centroamericanas, pues cargamos también con el aislamiento y desconocimiento recíproco. ¿Quiénes de los aquí presentes podríamos mencionar tres novelistas hondureños? ¿Dos poetas de Panamá? ¿Cuatro historiadores guatemaltecos? ¿Cuánto sabemos del folklore regional y de su artesanía? ¿Qué hemos visto del cine centroamericano? Y sin embargo, en universidades de los Estados Unidos y de Canadá, de los países escandinavos y de Australia se imparten cursos y seminarios sobre nuestra cultura.

Pero el estudio sistemático e interdisciplinario, la recopilación de las fuentes, la edición de los clásicos centroamericanos, la confección de diccionarios y otras tareas similares nos corresponde a los centroamericanos, más en concreto, a las facultades universitarias de artes y letras. Esta es nuestra vocación común y específica, y el que no se da cuenta, está ciego y no ve nada. Nuestra misión radica en saber utilizar el conocimiento originado en cualquier latitud y de cualquier orientación filosófica para conocer lo que somos y no para evadir nuestra realidad.

Con cierto orgullo podemos decir que casi todos los cursos de las diferentes menciones de la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana son por sí mismos una novedad, puesto que abrieron nuevos campos de estudio para la academia. Pero, con cierto temor nos damos cuenta de la inmensidad de la tarea y de nuestras pocas fuerzas.

Esta noche la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana despide como alumnos a los miembros de la primera promoción, pero esperamos retenerlos como amigos y colaboradores. Mucho depende de ustedes, queridos estudiantes, tal vez más de lo que se imaginan... Es cierto que en pocas regiones del mundo se ha luchado tanto por la libertad y la dignidad como en Centroamérica, quizás porque en pocas regiones ha habido tantos y tan crueles tiranos. Depende de nosotros los profesores, y ustedes los estudiantes, que Juan Rafael Mora termine de expulsar a los filibusteros, que Miguel Ángel Asturias triunfe sobre Jorge Ubico, que Roque Dalton triunfe sobre Roberto Dabuisson, que Pablo Antonio Cuadra prevalezca sobre los Somoza, que Roberto Quesada marque más el futuro de Honduras que las sidosas bases gringas... En fin, que el legado de tantos pensadores y artistas logre imponerse y señale el porvenir. Es una tarea impostergable, donde las armas son el pincel y el cincel, la guitarra y la canción, el

verso y la prosa, la ficha bibliográfica y las horas robadas al descanso para darlas a la investigación. Hoy por hoy esto depende más que de nadie, de ustedes, que tienen por delante la elaboración de sus tesis. Manos a la obra.